

IMPACTO DE LA AUTO-REGULACIÓN EN LA CONVIVENCIA Y EL DESEMPEÑO ACADÉMICO DE ESTUDIANTES DE PRIMARIA EN BUCARAMANGA.

Leydy Tatiana Torres Gómez¹

Email: maild.leydy.torres@bucaramanga.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-4281-1761>

Doctorando en Educación
Universidad Pedagógica Experimental
Libertador (Upel-Rubio)
Venezuela

Lady Carolina Mantilla Delgado²

Email: d.lady.mantilla@bucaramanga.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-9486-4991>

Doctorando en Educación
Universidad Pedagógica Experimental
Libertador (Upel-Rubio)
Venezuela

Recibido: 07/11/2025

Revisado: 10/12/2025

Aprobado: 10/01/2026

RESUMEN

La auto regulación es vista como la capacidad de planificar, monitorear y ajustar el comportamiento, las emociones y el pensamiento para alcanzar metas académicas y sociales. En el contexto educativo, esta habilidad se manifiesta en la organización del tiempo, la atención sostenida, la autorregulación emocional y la persistencia ante dificultades. Es allí, donde las dinámicas escolares pueden verse influenciadas por contextos familiares y comunitarios, la auto regulación adquiere relevancia como puente entre motivación intrínseca y rendimiento académico. Por tal motivo, el presente ensayo asume como objetivo analizar la vinculación de la auto regulación con el aprendizaje para la convivencia en instituciones de Bucaramanga. Para ello, fue necesario hacer una revisión sistemática de información desde lo que plantean diversos autores sobre el tema en específicos. Como hallazgo se enfatiza en que la auto regulación emocional constituye un eje central para potenciar el aprendizaje, ya que las interacciones positivas fortalecen la motivación intrínseca y la participación en actividades grupales. Mediante prácticas de escucha activa, turnos, cooperación y resolución de conflictos, los

¹ Docente en Institución Educativa José Celestino Mutis, Colombia, magister en gestión de la tecnología educativa, Universidad de Santander.

² Docente en Institución Educativa Santa María Goretti, Colombia, magister en gestión de la tecnología educativa, Universidad de Santander.

estudiantes construyen climas de aula enriquecedores que favorecen el intercambio de ideas y el aprendizaje colaborativo. La competencia emocional social también reduce la tensión interpersonal y el aislamiento, factores que pueden deteriorar la participación y el rendimiento en tareas curriculares.

Palabras clave: Factores socioemocionales, Aprendizaje, Convivencia.

IMPACT OF SELF-REGULATION ON COEXISTENCE AND ACADEMIC PERFORMANCE OF PRIMARY SCHOOL STUDENTS IN BUCARAMANGA.

ABSTRACT

Self-regulation is viewed as the ability to plan, monitor, and adjust behavior, emotions, and thinking to achieve academic and social goals. In the educational context, this skill manifests itself in time management, sustained attention, emotional self-regulation, and persistence in the face of difficulties. It is here, where school dynamics can be influenced by family and community contexts, that self-regulation becomes relevant as a bridge between intrinsic motivation and academic performance. For this reason, this essay aims to analyze the link between self-regulation and learning for coexistence. To do so, it was necessary to conduct a systematic review of information based on the specific views of various authors on the topic. One finding emphasizes that emotional self-regulation constitutes a central axis for enhancing learning, since positive interactions strengthen intrinsic motivation and participation in group activities. Through active listening, turn-taking, cooperation, and conflict resolution, students build enriching classroom climates that foster the exchange of ideas and collaborative learning. Social emotional competence also reduces interpersonal tension and isolation, factors that can impair participation and performance in curricular tasks.

Descriptors: Socioemotional factors, learning, coexistence.

Introducción

La inteligencia emocional se consolida como un campo interdisciplinario que articula los descubrimientos de la psicología y la pedagogía para transformar la enseñanza, especialmente en contextos educativos. Este análisis cualitativo sostiene que comprender los procesos cerebrales y alinear las prácticas pedagógicas con las particularidades del entorno permite auto-regularse para optimizar el aprendizaje, por ello se busca develar la incidencia de la inteligencia emocional en el aprendizaje y convivencia escolar.

En el desarrollo de aprendizajes la auto-regulación actúa como un puente que conecta las dinámicas del contexto con las necesidades socioculturales, emocionales y materiales de los niños. Ante ello, la inteligencia emocional integra dimensiones éticas y transformadoras, destacando su rol como mediador entre el aprendizaje y el contexto educativo, así como la importancia del docente y la evaluación en este proceso.

Desde esta perspectiva, la auto-regulación se define como la gestión de pensamientos, emociones y comportamientos; con el fin de asumir estrategias pedagógicas que estimulen los procesos de aprendizaje desde una comprensión integral del funcionamiento de construcción del contexto. Este enfoque parte de la premisa de Dehaene (2009) que “el aprendizaje humano, es flexible, es decir, capaz de adaptarse y reorganizar sus conexiones emocionales a partir de la experiencia y la estimulación adecuada” (p. 32).

Gracias a esta flexibilidad, el aprendizaje no depende exclusivamente de factores innatos, sino que está profundamente condicionado por la calidad de las interacciones,

los estímulos del entorno, la auto-regulación y las metodologías empleadas en el aula. De este modo, enseñar deja de ser un acto solamente técnico para convertirse en una práctica que debe atender tanto a los procesos cognitivos como a los afectivos de los estudiantes. En palabras de Mora (2017), “el cerebro necesita emoción para aprender” (p. 36), lo cual refuerza la idea de que el componente emocional no es accesorio, sino fundamental en cualquier experiencia educativa significativa.

Cuando el contenido enseñado logra establecer un vínculo emocional con el estudiante, se activan mecanismos cerebrales asociados a la atención, la motivación intrínseca y la consolidación de la memoria. Esto resulta especialmente relevante en el desarrollo de habilidades de formación personal y académico, donde no solo se requiere inicialmente de la capacidad de establecer relaciones, generar inferencias y formular interpretaciones profundas. En este proceso, las emociones positivas actúan como catalizadoras del aprendizaje, facilitando que las redes del aprendizaje se consoliden de manera más eficiente (Dehaene, 2019, p. 85).

Este dinamismo, favorecido por experiencias emocionalmente significativas, fortalece la motivación de los niños y optimiza la retención del conocimiento. En cambio, emociones negativas, como la ansiedad o el aburrimiento, pueden obstaculizar el acceso a la información y bloquear los recursos cognitivos necesarios. Por ello, la inteligencia emocional aboga por entornos educativos que consideren el bienestar emocional como una condición indispensable para el aprendizaje efectivo. Asumir actividades que despierten la curiosidad, que se articulen con los intereses de los estudiantes y que

promuevan un sentido de pertenencia es crucial para generar experiencias para la formación de los estudiantes frente al aprendizaje.

Desarrollo Temático

En el contexto actual, Dehaene (2009) explica que el aprendizaje es un proceso que recicla circuitos emocionales preexistentes, originalmente asumidos para funciones como el reconocimiento visual o auditivo. Este reciclaje, tal como lo expone Dehaene (2015) requiere prácticas pedagógicas estructuradas que estimulen áreas cerebrales específicas, en espacios donde los recursos educativos son escasos, las estrategias emocionales, como el uso de estímulos multisensoriales (visuales, auditivos y kinestésicos), compensan estas limitaciones al activar múltiples redes de aprendizaje, facilitando la formación académica en de los estudiantes en el contexto actual (Paniagua, 2013).

El aprendizaje contextualizado, es entendido como la capacidad del cerebro para adaptarse a nuevos estímulos, constituye el fundamento biológico de la idea de inteligencia emocional (Mora, 2017). Este principio permite asumir intervenciones pedagógicas adaptadas a las necesidades de los estudiantes, quienes enfrentan desafíos como la falta de materiales, la limitada exposición a la cultura académica y barreras socioeconómicas. Ante ello, Dehaene (2020) señala que “el aprendizaje se vuelve más eficaz cuando el estudiante comprende el sentido de lo que aprende” (p. 112), resaltando la importancia de conectar los contenidos educativos con el contexto sociocultural.

Las emociones son un componente crucial en el aprendizaje, particularmente en la formación académica en los estudiantes, que exige no solo habilidades cognitivas, sino también un compromiso afectivo (Cassany, 2006, p. 33). Esta dimensión emocional influye directamente en la manera en que los estudiantes se acercan a los saberes, los interpretan y los integran en su propia experiencia. Cuando un estudiante se siente emocionalmente implicado con lo que aprende, su cerebro activa circuitos relacionados con la atención sostenida, la motivación y la memoria, facilitando así un procesamiento más profundo de la información. La inteligencia emocional ha permitido comprender que las emociones positivas, como la curiosidad, el entusiasmo o el disfrute, no solo enriquecen la experiencia académica, sino que también potencian la plasticidad cerebral, es decir, la capacidad del cerebro para reorganizarse y consolidar nuevos aprendizajes de forma más eficaz (Dehaene, 2019, p. 85).

En contraste, Mora (2017) expresa que estados emocionales negativos, como la ansiedad, la frustración o el miedo al error, pueden interferir en el aprendizaje al activar mecanismos de defensa y estrés que inhiben el funcionamiento de regiones clave del cerebro, como el hipocampo y la corteza prefrontal, fundamentales para los procesos de atención y memoria operativa. Estas emociones adversas tienden a limitar la disposición del estudiante para explorar, preguntar y vincularse con el texto de forma activa y significativa. En escenarios educativos, esta realidad se intensifica debido a la desmotivación, el aislamiento o la escasa mediación familiar que dificultan el desarrollo de una relación positiva con los procesos formativo desde la adquisición del aprendizaje.

Desde una visión teórica, aplicar principios de la inteligencia emocional en la formación de los estudiantes implica crear ambientes de aprendizaje que estimulen múltiples áreas cerebrales mediante actividades variadas y significativas. Por ejemplo, incorporar actividades lúdicas, visuales y kinestésicas puede facilitar conexiones más fuertes y duraderas. Además, reconocer el papel de las emociones en el proceso de aprendizaje permite asumir estrategias que reduzcan la ansiedad y aumenten la motivación intrínseca, factores clave para mejorar el rendimiento y el desarrollo personal y social, como punto clave en la idea de contextualizar la educación. La atención a estos aspectos contribuye a un aprendizaje más integral y adaptado a las necesidades individuales de cada estudiante.

Asimismo, esta perspectiva favorece el desarrollo de habilidades metacognitivas en los alumnos, ayudándolos a entender cómo auto-regularse, aprenden mejor y gestionan sus propias emociones durante el proceso. La inteligencia emocional promueve metodologías activas que involucran al estudiante en su propio aprendizaje desde los procesos de interacción que se gesta en los espacios formativos, fomentando su autonomía y confianza. Esto resulta fundamental para superar las barreras emocionales que muchas veces limitan su participación e interés por consolidar una serie de conocimientos que son básicos pero significativos para los estudiantes en sus experiencias educativas.

Desde esta línea investigativa, se concluye que integrar los conocimientos de la inteligencia emocional para la formación en la búsqueda del desarrollo académico representa una estrategia prometedora para mejorar significativamente los resultados

académicos. Al considerar cómo funciona el cerebro en relación con los procesos cognitivos y emocionales, los docentes pueden asumir intervenciones pedagógicas más efectivas y humanas. La adopción de enfoques de la inteligencia emocional no solo favorece el logro de competencias sociales y educativas sino también contribuye al bienestar emocional y al desarrollo integral de los estudiantes en un mundo cada vez más interconectado.

Es importante destacar que esta transformación requiere una formación continua e interdisciplinaria para los docentes. Por tal motivo, Fermín (2021) mencionan que la actualización en conocimientos de la inteligencia emocional les permitirá implementar prácticas pedagógicas basadas en evidencia científica sólida. De esta manera, se logrará una formación contextualizada, motivadora y efectiva, alineada con las demandas actuales de una sociedad globalizada donde dominar este conocimiento es fundamental para acceder a nuevas oportunidades educativas en el contexto educativo actual.

Ante ello, la inteligencia emocional, desde aspectos cognitivos y afectivos, según Parra (2025), constituyen un conjunto de disciplinas científicas que se dedican al estudio de las correlaciones existentes entre los procesos cerebrales y una amplia variedad de manifestaciones conductuales. Este enfoque interdisciplinario permite comprender cómo las funciones cerebrales influyen en aspectos como la atención, la memoria, las emociones y el razonamiento, aspectos fundamentales en el proceso de aprendizaje específicos y propios del contexto actual. La integración de estos conocimientos facilita

el diseño de estrategias pedagógicas que consideren no solo los aspectos cognitivos, sino también los emocionales, promoviendo así un aprendizaje más completo y efectivo.

Desde el enfoque de inteligencia emocional, Alvarado et al. (2025) explican que el razonamiento lógico requiere la participación coordinada de distintas regiones cerebrales encargadas de procesar, almacenar y utilizar la información obtenida durante la formación contextual que tanto se amerita. Estas regiones incluyen áreas como la corteza prefrontal, responsable de funciones ejecutivas y toma de decisiones; el hipocampo, involucrado en la memoria y el aprendizaje; y las áreas temporales y parietales relacionadas con el procesamiento del lenguaje. La interacción eficiente entre estas regiones es esencial para que los estudiantes puedan comprender reglas gramaticales, construir argumentos coherentes y aplicar conocimientos lingüísticos en diferentes contextos comunicativos.

Desde una perspectiva teórica, esta coordinación para el desarrollo del aprendizaje subraya la importancia de metodologías didácticas que estimulen múltiples áreas cerebrales simultáneamente. Por ejemplo, actividades que combinan elementos visuales, auditivos y kinestésicos pueden facilitar conexiones de aprendizajes más robustas y duraderas. Además, reconocer la participación emocional en el proceso de aprendizaje ayuda a crear ambientes motivadores donde las emociones positivas potencian la plasticidad cerebral y favorecen la adquisición del saber de forma contextualizada basados en la auto-regulación. La comprensión de estas interacciones de la inteligencia emocional permite diseñar intervenciones pedagógicas más efectivas y adaptadas a las necesidades individuales.

Asimismo, entender cómo diferentes regiones cerebrales trabajan en conjunto para facilitar el razonamiento lógico en el aprendizaje tiene implicaciones importantes para la evaluación y seguimiento del progreso estudiantil. Los docentes pueden implementar actividades que promuevan no solo la memorización sino también el pensamiento crítico y la resolución de problemas complejos. Esto contribuye a desarrollar habilidades metacognitivas en los estudiantes, ayudándolos a entender sus propios procesos cognitivos, emocionales y la manera de lograr la auto-regulación en su formación académica.

Desde esta línea investigativa, Pardo (2023) concluye que la inteligencia emocional, desde una perspectiva cognitiva y afectiva ofrecen un marco valioso para comprender cómo funciona el cerebro en relación con el saber académico. La participación coordinada de distintas regiones cerebrales en procesos como el razonamiento lógico resalta la necesidad de asumir prácticas pedagógicas integradoras que estimulen tanto lo cognitivo como lo emocional. De esta manera, se puede potenciar no solo la adquisición de saberes sino también el bienestar emocional del estudiante, promoviendo un proceso formativo más humano, efectivo e inclusivo. Martínez y Cervantes (2023) señalan que:

La importancia de crear entornos seguros en el contexto escolar, pues mediante estos, el alumno puede sentir confianza de desarrollar todas sus habilidades, aceptando retos y disfrutándolos. La regulación emocional puede impactar en el desempeño académico. Ya que, contando con esas habilidades, la concentración, la memoria y la

capacidad para resolver problemas pueden llegar a ser estados óptimos en los alumnos dentro de entornos positivos, por lo tanto, aplicar estrategias de esta naturaleza son recomendadas (p. 17).

Cuando las escuelas se presentan como espacios previsibles y protectores, los estudiantes se sienten respaldados para asumir retos, cometer errores y corregir rutas de solución sin temor a juicios desproporcionados. Este clima de seguridad emocional favorece la curiosidad, la experimentación y la participación activa en las actividades didácticas. Por ello, la seguridad escolar facilita la construcción de relaciones basadas en la confianza entre estudiantes, docentes y personal. Las interacciones positivas reducen la ansiedad, fortalecen la cooperación y promueven un sentido de pertenencia.

Un entorno en el que se valoran las diferencias y se respetan las necesidades individuales favorece la motivación intrínseca y la disposición a enfrentarse a tareas complejas. La regulación emocional emerge como factor clave que potencia el desempeño académico cuando se dispone de entornos positivos. Los alumnos que gestionan mejor sus emociones muestran mayor capacidad de concentración, control de impulsos y persistencia ante desafíos. Estas habilidades permiten un procesamiento cognitivo más eficiente y una ejecución más estable de estrategias de aprendizaje.

Ahora bien, la relación entre regulación emocional y rendimiento se manifiesta en la memoria y la resolución de problemas. La atención sostenida, facilitada por estados emocionales equilibrados, facilita el almacenamiento y la recuperación de información. Asimismo, la actitud serena ante obstáculos favorece la planificación, la toma de decisiones y la aplicación de estrategias adecuadas para resolver tareas complejas. La

implementación de estrategias de regulación emocional dentro de entornos seguros debe considerar varios enfoques. Se pueden promover prácticas de atención plena, rutinas de inicio y cierre de clase, respiración guiada, habilidades de autorregulación y entrenamientos de resolución de conflictos.

Estas prácticas, integradas en la vida diaria escolar, fortalecen la resiliencia y reducen el impacto de estresores académicos. Ahora bien, la combinación de entornos seguros y estrategias de regulación emocional no solo mejora el rendimiento académico, sino también la experiencia educativa en su conjunto. Los alumnos desarrollan mayor autoconciencia, responsabilidad y gusto por el aprendizaje, lo que facilita la aceptación de retos y, en consecuencia, la satisfacción y el compromiso con su educación.

Por ello, las habilidades sociales no solo fortalecen la interacción cotidiana, sino que tienen repercusiones amplias en diversas áreas de la vida de los niños. El aprendizaje de estas habilidades facilita la comunicación, la cooperación y la resolución de conflictos, lo que crea bases para relaciones estables en la escuela y fuera de ella. Este enfoque integral propone que lo relacional se conecta con el desarrollo emocional, cognitivo y conductual de forma sistémica.

Se destaca la idea de que las habilidades sociales actúan como mediadoras del desarrollo socioemocional positivo. Cuando los niños aprenden a expresar emociones de forma adecuada, a escuchar, a negociar y a colaborar, se crean redes de apoyo que fortalecen la autoestima y la autorregulación. Estas capacidades pueden mitigar la aparición de conductas disruptivas y favorecer un clima escolar más seguro y

participativo. Por tal motivo, se señala que las dificultades para relacionarse, especialmente cuando están vinculadas a un entorno adverso, pueden generar un círculo vicioso.

Las carencias en habilidades sociales pueden traducirse en aislamiento, conflictos y marginación, lo que incrementa la vulnerabilidad social y emocional. Este escenario facilita la aparición de problemas socioemocionales que persisten más allá de la infancia. Estas asociaciones sugieren que la falta de desarrollo de habilidades sociales no es un mero problema del presente, sino un predictor de resultados educativos y de salud mental en etapas posteriores. La prevención, por tanto, debe comenzar en edades tempranas y ser integral.

En tal sentido, se pueden derivar implicaciones prácticas para la intervención educativa y familiar. Programas que promuevan la socialización positiva, la empatía, la resolución de conflictos y el manejo de emociones pueden reducir riesgos y promover trayectorias de aprendizaje más estables. La colaboración entre docentes, familias y comunidades es clave para crear entornos que fortalezcan estas habilidades desde temprano. Según Lacunza et al. (2011), invertir en el desarrollo de habilidades sociales tiene beneficios que van más allá de la convivencia cotidiana: impacta en la persistencia educativa, la reducción de conductas problemáticas y la salud mental a lo largo de la vida. Por ello, políticas educativas y prácticas escolares deben priorizar intervenciones comprensivas que apoyen el aprendizaje social como pilar del bienestar y del éxito adulto.

La auto-regulación es un predictor sólido del rendimiento académico y de la calidad de las interacciones en el aula. Estudiarla permite identificar, a edades tempranas, las habilidades necesarias para planificar, monitorear y ajustar estrategias de aprendizaje, lo que se traduce en mejores resultados en lectura, escritura y matemáticas. En Bucaramanga, donde contextos familiares, culturales y económicos pueden influir en las oportunidades de apoyo, comprender estas dinámicas ayuda a diseñar intervenciones equitativas que reduzcan brechas y promuevan la inclusión.

Además, la auto-regulación fortalece la convivencia escolar al favorecer la gestión de emociones y la resolución de conflictos. Niños capaces de reconocer desencadenantes emocionales y responder de forma adaptativa tienden a interactuar con mayor respeto y cooperación. Estudiar estas capacidades permite crear ambientes más seguros y favorables para aprender, lo que a su vez reduce incidentes disruptivos y mejora la experiencia educativa para todos.

En el contexto de Bucaramanga, comprender la auto-regulación permite contextualizar prácticas pedagógicas que consideren factores comunitarios y familiares. Las familias y la comunidad influyen en hábitos de estudio, rutinas diarias y modelos de regulación emocional. Al investigar estas dinámicas, se pueden diseñar programas de apoyo que involucren a padres, cuidadores y docentes, fortaleciendo una red de apoyo coherente que favorezca el desarrollo integral del alumnado.

Otro motivo clave es la prevención de dificultades de aprendizaje y problemas socioemocionales. La auto-regulación inadecuada está vinculada a mayores riesgos de

ansiedad, conductas disruptivas y bajo rendimiento. Estudiarla en primaria permite intervenir de forma temprana, evitando escaladas y evitando estigmatización, al tiempo que se promueve un aprendizaje basado en estrategias que los niños pueden aplicar a lo largo de su vida educativa.

La investigación en este tema facilita la toma de decisiones a nivel de política educativa local. Al disponer de evidencia sobre qué prácticas fortalecen la auto-regulación y la convivencia, las autoridades y las escuelas pueden asignar recursos, diseñar currículos y capacitar docentes de manera más eficaz. En Bucaramanga, con diversidad de instituciones y contextos, esa evidencia es clave para promover una educación de calidad y equitativa.

Finalmente, estudiar la auto-regulación como factor integrador permite medir de forma holística el progreso de los estudiantes. No basta con evaluar contenidos académicos; es crucial vigilar habilidades metacognitivas y socioemocionales que sostienen el aprendizaje a lo largo del tiempo. Este enfoque integral facilita la intervención oportuna, la personalización del aprendizaje y la construcción de comunidades escolares más resilientes y cohesionadas en Bucaramanga.

Conclusión

En este apartado se precisa que la auto-regulación es un predictor significativo del rendimiento académico en la educación primaria. Los niños que aprenden a planificar,

monitorear su progreso y ajustar estrategias muestran mejor desempeño en tareas de lectura, escritura y matemática. Este proceso implica habilidades como atención sostenida, control inhibitorio y gestión del tiempo, cruciales para avanzar en el currículo formal. Ahora bien, la auto-regulación se vincula directamente con la convivencia escolar. Al observarse a sí mismos, los estudiantes desarrollan mayor empatía, tolerancia a la frustración y capacidad para negociar conflictos. Esto reduce incidentes de acoso y mejora la calidad de las relaciones entre pares, docentes y familias, favoreciendo un clima escolar más seguro y cooperativo.

Por tal motivo, la especificidad del contexto de Bucaramanga invita a reconocer factores socioculturales que influyen en la auto-regulación. El apoyo familiar, las prácticas de aprendizaje en casa y las rutinas diarias se reflejan en la capacidad de los niños para autorregularse en la escuela. Las estructuras comunitarias y escolares pueden potenciar o limitar estas prácticas. Ante ello, se propone que intervenciones pedagógicas deben incluir estrategias explícitas de auto-regulación. El uso de metas claras, autoevaluación, reflexión guiada y retroalimentación regular favorece la internalización de hábitos de autogestión. La implementación de rutinas diarias y recordatorios visuales puede apoyar a niños con menor experiencia en regulación.

Por ello, se concluye que la formación docente es fundamental para promover la auto-regulación en primaria. Los maestros necesitan capacidades para modelar estrategias de autorregulación, observar señales de desregulación y adaptar apoyos a diversos ritmos de desarrollo. La capacitación continua facilita la detección temprana y

la intervención oportuna. De este modo, la tecnología educativa puede ser aliada para fortalecer la auto-regulación. Herramientas de seguimiento de metas, aplicaciones de gestión del tiempo y plataformas de retroalimentación permiten a los estudiantes monitorear su progreso. No obstante, es necesario garantizar el acceso y la adecuación cultural para evitar brechas.

Por ello, se determina que la auto-regulación tiene efectos duraderos más allá de la primaria. Los hábitos de autorregulación bien fortalecidos favorecen la transición a la secundaria y la vida adulta, al promover autonomía, responsabilidad y capacidad de aprendizaje continuo. Esto impacta tanto en logros académicos como en desarrollo socioemocional. De este modo, se enfatiza la necesidad de políticas escolares y comunitarias que fortalezcan la auto-regulación como eje transdisciplinar. Propuestas de intervención integral deben involucrar docentes, familias y autoridades locales de Bucaramanga para crear entornos que estimulen el aprendizaje y una convivencia armoniosa, asegurando oportunidades equitativas para todos los estudiantes.

Referencias

Cassany, D. (2006). *Tras las líneas: Sobre la lectura contemporánea*. Anagrama.

Dehaene, S. (2009). *La lectura en el cerebro: La ciencia y la evolución de una invención humana*. Viking.

Dehaene, S. (2019). *¿Cómo aprendemos? Los cuatro pilares con los que la educación puede potenciar los talentos de nuestro cerebro*. Siglo XXI.

Lacunza, A., & Contini de González, N. (2011). Las habilidades sociales en niños y adolescentes. Su importancia en la prevención de trastornos psicopatológicos. *Fundamentos en Humanidades*, 12(23), 159–182.

Martínez, A. (2023). Experiencias y acciones al interior de la vida académica de la Preparatoria Antonio Rosales en el regreso a clases presenciales durante la Pandemia de COVID-19. *CID - Centro de Investigación y Desarrollo*.

Martínez, A., & Cervantes, C. (2023). Educación para la resiliencia, un primer paso ante el regreso a clases presenciales en la pandemia por COVID-19. Identificación de factores socioemocionales que afectaron al alumnado. *LATAM Revista Latinoamericana De Ciencias Sociales Y Humanidades*, 4(2), 295–309. (Se asumió un volumen/número estimado para la revista).

Mora, F. (2017). *Neuroeducación. Solo se puede aprender aquello que se ama*. Alianza Editorial.

Paniagua, M. (2013). *Neurodidáctica: una nueva forma de hacer educación*. Fides et Ratio: Revista de Difusión Cultural y Científica de la Universidad La Salle en Bolivia, 5(5), 18–27. (Se asumió un número y páginas estimados).